

IZA ZAMÁCOLA, *EL CLÁSICO Y EL ROMÁNTICO* (1841)
Y EL PUNTO DE CONFLUENCIA
DEL HUMOR ROMÁNTICO

«¡El romanticismo! Cuántas ideas contrarias despierta esta palabra en la imaginación de los que la escuchan!»

Esta observación tiene el mismo núcleo de verdad hoy en día que cuando la publicó por primera vez Eugenio de Ochoa en *El Artista* en 1835. Ochoa, basándose en la división entre «lo clásico» y «lo romántico» elaborada por Luigi Monteggia y sus colaboradores de *El Europeo* en 1823, subraya una vez más la dicotomía más profunda de la literatura de la época: la división entre los que apoyaron el antiguo sistema clásico y los que aceptaron el nuevo sistema romántico. Este contraste llegará a ser un verdadero punto de confluencia del humor en la década de la más plena producción romántica. Muchos son los casos conocidos de literatos que emplean esta dicotomía para hacer burla de un bando o del otro: se pueden citar el conocidísimo caso del ensayo más gracioso de la época (me refiero a «El romanticismo y los románticos», de Mesonero Romanos); la igualmente conocida sátira del «Pastor Clasiquino» de José de Espronceda; la anónima *Derrota de los románticos, o sea relación del sangriento combate que ha habido entre ellos y los clásicos en el Monte Parnaso*, la burla del fino poeta romántico contenida en las páginas de *Marcela o ¿a cuál de los tres?* de Bretón, etc. Pero hay todavía otro ejemplo totalmente desconocido de esta preocupación de los poetas del día por el supuesto decaimiento de la sociedad representado en los tipos ya paradigmáticos. Me refiero a la comedia en un acto *El clásico y el romántico*, de Antonio de Iza Zamácola, escrita en 1841.

Antes de referirnos a la obra en cuestión, será necesario ofrecer algunas breves palabras sobre el autor de dicha comedia, don Antonio de Iza Zamácola, figura hoy en día totalmente olvidada. No tenemos mucha información biográfica ni literaria sobre este individuo; sin embargo, se pueden ofrecer algunas someras observaciones que nos ayuden a contextualizarlo y así comprender mejor su obra. Lo primero que tiene que hacer el crítico al acercarse a la obra de Iza es distinguirlo de varios otros personajes con nombre parecido que aparecen en los catálogos y periódicos de la época, donde se encuentran cuatro individuos (que acaso sean sólo tres, como enseguida veremos) con los apellidos Iza Zamácola: dos con el nombre Juan Antonio, un Antonio y un José. El más conocido es el primer Juan Antonio de Iza Zamácola, nacido en Dima (Vizcaya) en 1758¹

¹ Ver NATIVIDAD NIETO FERNÁNDEZ, *La obra de Juan Antonio de Iza Zamácola*, «Don Pre-

Juan Antonio, literato y escribano, figura en la polémica de los currutacos en los años 90 del siglo ² por ponerse violentamente en contra de las extravagancias de las modas extranjeras. Se burla de lo absurdo de las nuevas modas en cartas publicadas en el *Diario de Madrid* y luego da a luz una serie de obras muy casticistas — obras llenas de «fanatismo hispanófilo» según Nieto Fernández [24] — bajo el seudónimo de «Don Preciso». Sus títulos incluyen *Libro de moda en la feria* (1795), *Elementos de la ciencia contra-danzaria* (1796) y *Colección de las mejores coplas de seguidillas, tiranas y polos que se han compuesto para cantar a la guitarra* (1799). En *Elementos de la ciencia contradanzaria* se lee el siguiente ejemplo de su actitud:

Ningunas [modas] me han parecido más irrisibles que las que vemos en nuestros días, pues lejos de dar gracia a las personas (que es el objeto de todas las modas) las disfiguran de modo en extremo ridículo. Serían sin embargo tolerables, como otras muchas antiguas y modernas igualmente deformes, si a esta circunstancia no se añadiese la ridiculez de las personillas que principalmente las usan.

O sea, la exageración y la superficialidad de los que quieren lo más moderno le parecen desdeñables. Pero en tanto olvido cayó el autor de estas líneas que la *Enciclopedia Universal Ilustrada*, por obvia errata, le llama «Juan de Iza Zamácola [sic]» (vol. 28, p. 2300). Don Preciso se exilió en Francia en 1814 por haber sido comisario de policía afrancesado durante el reinado de José Bonaparte (Gil Novales 712).

ciso». Bilbao, Caja de Ahorros Vizcaína, 1989- Alberto González Troyano sostiene que Iza nació en 1756 y murió en 1826. Ver su edición de ESTÉBANEZ CALDERÓN, *Escenas andaluzas* (Madrid: Cátedra, 1985). En «El bolero», Estébanez cita a don Preciso como experto en cuestiones de danza: «El bolero no es baile que se remonta en antigüedad más arriba que los principios del pasado siglo, y bien considerado no es más que una glosa más pausada de las seguidillas, baile que según testimonio de Cervantes comenzó a tañerse y danzarse en su tiempo como se ve por la arenga de la dueña Dolorida. Esta no es sola opinión mía, puesto que ya mi buen amigo don Preciso lo tiene asegurado y puesto de patente al público sacando a luz el nombre del que primero compuso en la Mancha danza tan donosa, que por ser toda en saltos y como en vuelo fue llamada *bolero*, título que dio gran consuelo a los etimologistas y académicos, por ser significativo sonoro, y llevar en sí mismo la ejecutoria del padre de donde viene. Don Preciso no ha hecho más que decirnos sobre su palabra el nacimiento del don Bolero, más yo, que gusto (no embargante mi edad mayúscula) de las cosas escondidas, he probado de alzar el telón de boca de este misterio, aunque en otros me quede con dientes largos». «El bolero», *Cartas Españolas* III (31 diciembre 1831): 358. Estoy agradecido al profesor Ronald Quirk por facilitarme esta información.

² Ver RENÉ ANDIOC, «Goya y el temperamento currutáquico», *Bulletin of Hispanic Studies* 68 (1991): 67-90. Andioc nos informa, basándose en la información dada por Hergueta, de que «los hermanos Iza Zamácola renunciaron a su primer apellido» (84). Ver también «Vida de D. Juan de Iza Zamácola», *Correo Literario y Mercantil*, 13-15 febrero 1832.

De un secundo Juan Antonio de Iza Zamácola, hijo, presumiblemente, del anterior, se conservan poquísimas noticias: solamente unos versos (sonetos y letrillas de tipo clasicista) publicados en el *Correo Literario y Mercantil* de Madrid entre 1831 y 1833. Sospecho que ha de ser la misma persona que años después, bajo el nombre de Antonio de Iza Zamácola (y cabe pensar que acaso simplificara su nombre para diferenciarlo del de su padre), publica un conocido *Compendio de taquigrafía española* (1841) y varias obras dramáticas, entre ellas la que nos interesa hoy. Y, en fin, hijo suyo será el malogrado poeta José de Iza Zamácola que, después de colaborar en *La España* con una obra que lleva el sombrío título «Un recuerdo de los difuntos», se suicidó — como buen joven romántico — a los 21 años, arrojándose al canal de Madrid en marzo de 1851³.

Nuestro dramaturgo, nacido a finales del siglo XVIII, fue archivero y primer secretario de la Sacramental de San Nicolás en Madrid. Fue periodista en *El Semanario Pintoresco*, autor de varias composiciones poéticas e inscripciones, y dramaturgo menor. Este es el autor que nos interesa hoy.

Aunque los datos biográficos de éste y otros miembros de la familia Iza Zamácola permanezcan sepultados en el misterio y el olvido, su obra nos ayuda a reconstruir por lo menos determinados momentos de una existencia psicológica y literaria. Aunque no figura en los grandes estudios del movimiento romántico español (Peers, Alborg, Navas Ruiz, Caldera) ni en las carteleras madrileñas de los años 1830 y 1840 compiladas por Simón Díaz y Herrera Salgado, Iza Zamácola seguía muy de cerca las polémicas literarias de su tiempo. Una de sus obras dramáticas, *La sesentona y la colegiala* (1840), invierte el argumento de *El sí de las niñas* al presentar a doña Melchora, viuda de unos sesenta años que quiere casarse con don Eduardo, un muchacho tan joven que podría ser su hijo. La comedia es sosa pero no del todo exenta de momentos divertidos en los que las dos rivales — la ya vieja Melchora y doña Elisa, la joven a quien quiere de verdad don Eduardo — conspiran para convencerse cada una por su cuenta del amor de Eduardo. «Don Eduardo por el contrario es un mozo a toda ley», dice Melchora, «y digno de una mujer ... como yo» (1,14).

El tema romántico — el que nos interesa aquí — domina su siguiente obra, como indica el título: *El clásico y el romántico* (1841).

³ «El lunes por la tarde se arrojó al Canal el joven escritor don José de Iza Zamácola, cuyo cadáver apareció anteayer y fue sepultado. Los detalles de este lamentable suicidio, que sumergen a su tierna madre en la más justa desesperación, y que priva a la sociedad de un joven de talento, revelan que fue friamente premeditado y que no era resultado de ningún disgusto repentino. En las cortas líneas que dejó escritas a su infeliz familia implora el perdón de ella, y dice que él apela al suicidio para salir de un mundo en el cual no podía vivir, y para el que no había nacido». *El Heraldo* (6 marzo 1851).

El autor da rienda suelta a sudeseo de satirizar a los dos tipos que dominaban las polémicas literarias de la época. Recordemos primero un artículo publicado por Bretón en 1831 en el que inventa un diálogo entre don Fabricio, partidario de la nueva escuela literaria, y don Timoteo, escandalizado al pensar que estos «vándalos literarios» proponen «escribir sin reglas»: «¿A dónde iríamos a parar si esto se consintiera?» le pregunta?⁴. Este pobre clásico cascarrabias opina lo siguiente en términos que llegarán a ser la norma de la época:

... yo veo que sale el público más contento y más instruido de su representación que cuando acaba de presenciar uno de esos *embuchados* dramáticos, donde se estorban unos a otros los incidentes y las *maravillas*, donde nos atolondran a fuerza de frases campanudas, y puñales, y suplicios, y tempestades, y cuyo buen éxito, cuando lo alcanzan, se debe menos al poeta que al tramoyista y al director de escena.

Bretón parodió los excesos del romanticismo en sus comedias y sus versos, más notablemente en *Marcela, o ¿a cuál de los tres?* (1831), *Elena* (1834), *Todo es farsa en este mundo* (1835), *Muérete ¡y verás!* (1837), *El poeta y la beneficiada* (1838), *El pelo de la dehesa* (1840) y el poema que escribe a la esposa del marqués de Molins. Iza Zamácola, en su comedia referida, no opta por los lances, puñales y suplicios atacados por los anti-románticos, sino por una distilación sintetizada de las características del *tipo* romántico ya tan conocido, admirado y criticado por los partidarios y detractores del romanticismo español. Los tipos — el clásico y el romántico — están ya tan arraigados en la mentalidad popular al comenzar la década de 1840 que Iza no tiene ni que molestarse en describirlos para su público: su primera acotación reza sencillamente: «Los trajes de Gervasio y Federico deben exagerarse algún tanto, para caracterizar con más perfección sus diversas inclinaciones». Es decir, lo vago de la acotación prueba sin lugar a dudas que tanto el clásico como el romántico ya eran estereotipos en la mente popular, «stock characters» del repertorio teatral. El autor establece un paradigma de personalidades contra el que puede escribir para producir efectos cómicos.

La primera descripción que tenemos del pretendido novio de Elisa, Gervasio, está puesta en boca de su novia, que cuenta:

Que usa corbata de embozo,
blanco sortú y casaquín, zapato
de trampolín, y, cual si fuera del
pozo

⁴ MANUEL BRETON DE LOS HERREROS, «Teatros», *Correo Literario y Mercantil* (13 abril 1831).

el espacioso brocal, sus dos carrillos
 sujeta con las puntas de lanceta del
 engomado percal. ¿Podiera yo a un
 macarrónico dar mi mano, y en un
 piélagos tropezar con el murciélagos
 después del acto canónico? No le
 quiero, no, Teresa. (I,1)

Pero tiene, según ella, «otro defecto horrible» — es, como dice ella con sorna, «clásico», lo que equivale en su opinión a ser aburrido, aburridísimo.

Escribe en pedestre prosa,
 viste como te he pintado,
 charla más que un abogado
 es cantárida, ventosa, y es, en
 fin, un avestruz que en
 casándose promete trocarse
 en buey. (I, 1)

Así, el tipo clásico es pedestre, aburrido charlatán y poco digno de casarse con una chica moderna.

El otro joven pretendiente, Federico, es el nuevo hombre, el romántico, que no *ama* a Elisa, la *adora*. El amor para él no es el arroyuelo clásico y pastoral, sino una pasión, una emoción activa, abrasadora. Más adelante, Gervasio condena el «frenesí» de Elisa, que él llama «eléctrico fuego» porque termina — según él — en «puñales, venenos y al fin, ¡maldición!» (I, 6), palabras que traen a la memoria dramas como *Don Alvaro o la fuerza del sino*, *El trovador* y *Los amantes de Teruel* y que subrayan la intertextualidad del discurso romántico. Para don Pedro, el tío de Elisa, que quiere que su sobrina se case con don Gervasio, el romanticismo es un virus, una semilla malvada contra la que debe defender a su familia.

Quieres el romanticismo? Pues tómale
 enhorabuena; va tienes dómine en
 casa que te impregne de su escuela y
 que haga de ti un dechado de
 erudición y elocuencia ...(I,2)

Sin embargo, todos los esfuerzos de Pedro y Gervasio para convencer a Elisa de que se case con el hombre más moderado, más racional, más, en fin, *clásico*, se esfuman cuando Elisa se contagia no sólo por la pasión amorosa del romanticismo sino por la literatura romántica.

Así, el romanticismo es amor y *palabra*. Elisa contrapone el lenguaje clásico con el nuevo lenguaje romántico (que hemos llamado en otro congreso lenguaje *gótico*⁵): para el clásico (seguidor del — ella lo dice — «pueril Mo ratín»), todo son flores, pajarillos, valles y zagalas; para el romántico, en cambio, son ásperas montañas, cavernas horrosas y fúnebres mazmorras. Ella capta perfectamete esta importante confrontación de discursos en las siguientes palabras:

¿Qué es lo que el clásico pinta?
 Las praderas esmaltadas
 de flores, y el arroyuelo
 que vivifica las plantas,
 el trinar del pajarillo,
 el dulce ambiente del aura,
 y el alegre caramillo
 con que la festiva danza
 dé vida al ameno valle,
 casto harem de las zagalas.

Teresa: ¿Y el romántico?

Elisa: Detesta
 cuanto al clásico le alhaga,
 y expresa sus concepciones
 en las ásperas montañas,
 en cavernas horrosas
 y entre la noche enlutada,
 maldiciendo de la luna
 la luz argentina y clara:
 con el veneno se nutre,
 con el puñal se agasaja,
 y no en brillantes saraos
 busca delicias y calma,
 que en los sitios que se encuentran
 las que el ánimo le embargan,
 es en fúnebres mazmorras,
 en mansiones solitarias
 y en lóbregos cementerios. (I, 2)

Iza parece burlarse aquí del romanticismo exagerado, pero su mofa se reserva más para los que rechazan las nuevas posibilidades literarias, es decir, para los clá-

⁵ Ver DAVID T. GIES, «Larra, *La galería fúnebre* y el gusto por lo gótico». *Romanticismo* 3-4 (1988): 60-68.

sicos, porque, en una revelación tan sorprendente como inesperada, resulta que en su drama no es Federico (el romántico) el vil seductor, sino don Gervasio (el clásico), que había seducido a una chica en Valencia con quien luego se casó sin decirle nada a Elvira ni a su tío don Pedro. Elvira puede casarse con Federico.

Concluyo estas breves palabras *con la* siguiente observación: la obra de Iza Zamácola es trivial, simplista y poco trascendente, pero hemos visto cómo capta perfectamente la dicotomía clásico-romántico que dominaba el discurso literario de la época. Y es en esta confrontación de discursos donde debemos buscar — y, diría yo, encontrar — el verdadero punto de confluencia del humor romántico español.

DAVID T. GIES *Universidad
de Virginia*

Obras citadas

- ALBORG, JUAN LUIS. *Historia de la literatura española* IV. Madrid, Gredos, 1980.
- ANDIOC, RENÉ. «Goya y el temperamento currutáquico». *Bulletin of Hispanic Studies* 68 (1991): 67-90. CALDERA, ERMANNIO y CALDERONE, ANTONIETTA. «El teatro en el siglo XIX (1808-1844)». *Historia del teatro en España* II, ed. José María Díez Borque. Madrid, Taurus, 1989. 377-625. *La derrota de los románticos, o sea relación del sangriento combate que ha habido entre ellos y los clásicos en el Monte Parnaso*. Madrid: Impr. de José María Repullés, 1837. Repr. Genova: Centro Internacional de Estudios Sobre el Romanticismo Hispánico, 1987. ESTÉBANEZ CALDERÓN, SERAFÍN. *Escenas andaluzas*, ed. Alberto González Troyano. Madrid, Cátedra, 1985. GIL NOVALES, ALBERTO. *Diccionario biográfico del Trienio Liberal*. Madrid: Ediciones Museo Universal, 1991. HURGUETA y MARTÍN, DOMINGO. *Don Preciso, su vida y sus obras*. Madrid, Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1930. IZA ZAMÁCOLA, ANTONIO DE. *El clásico y el romántico*. Madrid: Boix Editor, 1841. *La sesentona y la colegiala*. Madrid: Boix Editor, 1840. *¡Una encomienda!* Madrid: Biblioteca Dramática, 1853.
- NIETO FERNÁNDEZ, NATIVIDAD. *La obra de Juan Antonio de Iza Zamácola, Don Preciso*. Bilbao, Caja de Ahorros Vizcaína, 1989-OCHOA, EUGENIO DE. «Un romántico». *El Artista*. Madrid, I. Sancha, 1835. PEERS, EDGAR ALLISON. *Historia del movimiento romántico español*. Madrid, Gredos, 1967. 2 vols.